

# Conmemoración e identidad nacional en Francia. El bautizo del rey Clovis como revelador del trabajo historiográfico nacional

Guy Rozat\*

Resumen: El autor intenta mostrar cómo el problema de los orígenes míticos de la nación sigue siendo en la Francia actual un lugar fundamental para la identidad colectiva, al mismo tiempo que todo intento de manipulación de esos lejanos ancestros míticos por parte del estado puede ser resentido como una grave afrenta a la identidad personal y al consenso político y social. En este caso se analiza el aniversario mil del rey franco Clovis.

Abstract: The author tries to show how the problem of the nation's mythical origins is still in France a fundamental place for a collective identity, and that each attempt of manipulation of these mythical ancestors can be suffered as an insult to personal identity and political and social consensus. The author bases his analysis on King Clovis 1,000th baptism anniversary.

Si en México sabemos que la celebración de los grandes aniversarios patrios es momento de una estimulación historiográfica sobre el periodo o el evento que se pretende conmemorar, y que la proclamación de esos eventos como momentos fundamentales de la historia nacional constituye una ocasión para los políticos de manipular la memoria colectiva, podemos observar que en otros países el fenómeno es idéntico. Así, durante algunos meses del año 1996 nos fue posible observar cómo en París un festejo que se pensaba que no era problemático en términos políticos y que era historiográficamente correcto —el del bautizo del lejano y bárbaro rey Clovis—, desató una polémica general que por su amplitud y violencia parecía haber puesto a Francia casi al borde de una guerra civil, que por suerte no rebasó los límites de una guerra de papel entre los historiadores, los políticos y los medios masivos de comunicación.

Creemos que un relato de la naturaleza de esa polémica, así como de los argumentos vertidos, es interesante porque ofrece elementos para la crítica de las

\* INAH-Jalapa

manipulaciones historiográficas que el estado mexicano ha desarrollado en su política de masas, y que los historiadores han empezado a analizar. Asimismo el relato de ese trabajo historiográfico colectivo contemporáneo sobre la tradición del bautizo del rey franco puede ser de utilidad para quienes se interesan en la constitución y en la evolución de los imaginarios nacionales.

Sea cual sea la coloración de su sistema de gobierno, la vida cultural de las naciones modernas se ve enfebrecida periódicamente por la celebración de las grandes fiestas como aniversarios de batallas, natalicios, proezas de los héroes, etc., que por unos días se instalan como piedras fundadoras o refundadoras del imaginario nacional.

Durante el año de 1996 la opinión pública francesa se enfrentó a una de esas clásicas conmemoraciones, pero los festejos estuvieron muy lejos de suscitar el consenso y el regocijo nacionales que sus promotores habían presupuesto. La violencia de las opiniones vertidas hizo patente que tocar sin cuidado el imaginario colectivo y la identidad nacional de los franceses se ha vuelto muy problemático hoy en día.

Las prácticas discursivas que constituyen el armazón de la tradición nacional francesa se desplazan sobre varios siglos<sup>1</sup> y es de la reinterpretación de ese *corpus* hecha por la historiografía decimonónica que nace la identidad nacional que anima todavía la mecánica de identificación de muchos franceses.

El desarrollo de esas polémicas también mostró cuán erróneo era considerar a las tradiciones historiográficas como creaciones pasivas que atraviesan los años casi inmutables. En realidad son todo lo contrario, conjuntos de referencia dinámicos siempre renovados, repensados, readaptados a las necesidades y funciones que cumple esta tradición en el imaginario de cada momento. Hizo evidente, por otra parte, que toda tradición colectiva que no es capaz de generar ese trabajo de creación y recreación es una tradición en peligro de muerte.

Finalmente, la conmemoración del bautizo de Clovis en Francia en 1996 nos mostró un episodio más del incesante y arduo trabajo historiográfico colectivo sobre ese hecho histórico.

### Una conmemoración problemática

Esa conmemoración hubiera podido ser una de tantas celebraciones nacionales que afectan el mundo de la cultura parisina. Ya Francia había conocido el *mi-*

<sup>1</sup> Incluso milenios si consideramos que la cultura europea reconoce sus raíces en la cultura griega de la Atenas del siglo VI a. C.

*lenium capetien*, el año Voltaire, el bicentenario de la Revolución Francesa, etc. Si bien este último y magno festejo fue la ocasión de polémicas entre diferentes líneas de interpretación, no fue objeto de tanto rechazo como el que despertó el aparentemente insignificante bautizo de un rey bárbaro.

Parece ser que desde el periodo presidencial de François Mitterrand, en 1992, se había pensado en conmemorar a Clovis, pero fue Jacques Chirac quien por decreto del 11 de marzo de 1996 creó el "Comité para la conmemoración de los orígenes: de la Galia a la Francia". Entre sus miembros se encontraban cinco ministros, cuatro obispos, un cardenal, un gran rabino, un pastor, varios historiadores, etc., y estaba presidido por un alto funcionario, vice presidente honorario del Consejo de Estado.

De antemano se encontraban excluidos los musulmanes, bajo el pretexto de que en la época de Clovis dicha religión no existía, lo que es exacto, aunque en estricto sentido tampoco existía el protestantismo.<sup>2</sup> La presencia del gran rabino suscitó resquemores en una conmemoración que glorificaba un reinado durante el cual se había proclamado la indignidad de los judíos y la impureza que se desprendía de su contacto. La presencia del pastor tampoco logró consenso y rápidamente otras federaciones protestantes, rivales de la iglesia a la cual pertenecía dicho pastor, aconsejaron a sus fieles observar las iniciativas de dicho comité con circunspección. Como los ministros no podían asistir a las reuniones, nombraron en su representación a políticos claramente derechistas.

Así, desde que se informó al público sobre la composición de ese comité los sectores republicanos y progresistas tuvieron la extraña impresión de encontrarse frente a una santa alianza entre el gobierno de Chirac, el Papa y los sectores más derechistas del país. El presidente, además, cometió el error, en un viaje oficial a Roma, de invitar al Papa a presidir esa ceremonia en nombre de todos los franceses, en nombre de Francia, la hija mayor de la Iglesia. Otro deslíz ambiguo fue que para celebrar el bautizo de Clovis, cuya fecha es bastante incierta, se escogió el día de la proclamación de la primera república.

Los ateos, los librepensadores y los partidarios del laicismo del estado francés, cristianos o no, y finalmente personas de todas las confesiones y credos se juntaron rápidamente para protestar sobre esa pretensión a hacer del bautizo de un rey franco la piedra angular de la nacionalidad. Tal vez al asegurar la presencia papal en la conmemoración una parte de la jerarquía católica francesa pensó que había llegado el momento de organizar, con la complicidad de los

<sup>2</sup> Esta ausencia musulmana puede parecer insignificante vista desde México, pero para muchos analistas franceses representaba algo importante y ambiguo en la medida en que el Islam, en todas sus formas, es la segunda religión practicada en Francia.

medios masivos de comunicación, un gran movimiento propagandístico e incluso corrió el rumor de que el cardenal arzobispo de París estaría muy feliz con esa apoteosis nacional.

Por otra parte, como jamás se hicieron públicos los compromisos suscritos entre el gobierno de Chirac y la alta jerarquía católica para la visita papal, muchos pensaron que "no había humo sin fuego" y el número de mayo de la prestigiosa revista *Études* de los jesuitas parisinos consideró necesario recomendar la calma, no caer en la tentación siempre presente de magnificar "el sueño de un tiempo ideal en el cual la Iglesia reinaba sin competencia sobre las almas, los corazones y los espíritus..." Advertía que si cualquier nación necesita de ancestros míticos, las resurrecciones intempestivas pueden revelarse como peligrosas y deben ser manipuladas con mucha precaución.

Se llegó a tal suspicacia que un poco más tarde también el obispo de Reims se sintió obligado a precisar, en relación a las críticas que habían surgido al comparar el apoteótico jubileo clovisiano que se preparaba con la casi nula participación de la iglesia en el bicentenario de 1789, que la Iglesia no quería echar por la borda las ganancias de la Revolución Francesa y que nadie en la jerarquía católica soñaba con un regreso hacia atrás.

Pero evidentemente la ultraderecha había agarrado el expediente Clovis con entusiasmo. El vicario Guillermo de TanoYärn, tradicionalista de la revista *Certitudes*, exultaba: "no es un cumpleaños lo que celebramos, sino el gran combate por el Occidente Cristiano..."

Por su parte el Frente Nacional, partido racista y fascista, fue el primer órgano político en tomar a Clovis como pretexto para su propaganda y creó sus comités Clovis, animados por un miembro de la dirección de ese partido. En su primera reunión pública el 13 de abril de 1996 se proyectó una película intitulada *De Clovis hasta nosotros*, en la cual se afirmaba que no todo era tan malo en el Antiguo Régimen y se abogaba por la defensa del régimen colaboracionista de Pétain durante la Segunda Guerra Mundial. En los corredores se vendía la tradicional propaganda fascista y antisemita y parece que las credenciales del FN portaban un retrato del rey Clovis en filigrana.

Frente a esas manifestaciones públicas algunas personalidades progresistas del mundo cultural hicieron notar que muchos de estos ambiguos personajes de los círculos fascistas franceses se reclamaban como herederos del cristianismo romano, el más ortodoxo, y por lo tanto se extrañaban de que a pesar de sus posiciones racistas no tuvieran problemas con la jerarquía católica; una jerarquía tan dispuesta a condenar a los obispos y clérigos liberales o comprometidos políticamente con la izquierda.

Otros grupos tradicionalistas un tanto folclóricos se abanderaron tras la figura de Clovis y organizaron sus propias ceremonias. Incluso se pudo oír a uno de esos dirigentes recordar a sus fieles que una vez más "Francia se veía amenazada por la judería y la masonería", y denunciar con fuertes imágenes, no todas muestra de caridad evangélica, "a las ratas feroces que devoran esta maravilla que es la Francia cristiana" y al Concilio Vaticano II por haber traicionado al catolicismo al considerar que todas las religiones eran similares, y también reafirmó, como si fuera necesario, que "no tenemos nada en común con los que adoran el Corán..."

Pero la visita papal no era solamente para solemnizar el bautizo de Clovis. Juan Pablo, y con él la jerarquía católica, había organizado un viaje que probablemente imaginaba triunfal por la región más practicante del oeste del país. Estaban previstos encuentros masivos y otros más reducidos del Papa con el clero y algunos invitados. Así, en la tradicionalmente católica Vendée, en donde la autoridad política local electa también dirigía un pequeño partido de la derecha tradicionalista, se desató una lucha tremenda con el obispo, quien quería evitar que la visita papal se transformara en una campaña de sostén para ese partido, lo que pretendía hacer aprovechando la cobertura mediática de la visita del Santo Padre.

Pero Francia atravesaba una crisis económica sin precedentes, la economía no lograba crecer, había millones de desocupados y uno de cada cuatro jóvenes en edad de trabajar no encontraba trabajo. Desde hacía meses el gobierno hablaba de ahorrar, se cerraron fábricas, disminuyó el presupuesto para los desocupados. De repente alguien empezó a pedir cuentas al gobierno sobre el costo real de esa gran fiesta patriótico-religiosa con la que gran parte de la nación no se identificaba. Comenzó una gran lucha de ciertos sectores liberales y de izquierda para que los costos de esas festividades no salieran de las finanzas públicas, nacionales y locales. Frente a esas protestas muchos de los presupuestos tuvieron que ser anulados en medio de una gran confusión.

Durante meses los sectores franceses progresistas, antifascistas y laicos temieron que esa conmemoración fuera la ocasión para una embetida reaccionaria. La presencia de antiguos dirigentes de grupúsculos estudiantiles fascistas en el gobierno y el crecimiento electoral de la ultraderecha, que ya no temía enunciar públicamente su racismo a pesar de las leyes que lo penalizan, contribuyeron a crear un ambiente favorable para la hipersensibilización de los sectores tradicionalmente republicanos, para los que el laicismo, la libertad y la igualdad son considerados como los pilares indisolubles de la República.

Una nueva santa alianza ultramontana entre un gobierno derechista y el Vaticano les pareció un intento velado de recristianización en términos arcaicos e

incluso fundamentalistas. Por otra parte la opinión pública francesa temía nuevas declaraciones del Papa sobre temas sensibles como el aborto o la contracepción, sin olvidar que su última visita había dejado un cierto malestar en muchos sectores laicos.

Finalmente el Papa se abstuvo de participar en la polémica, diplomático o cansado, redujo su papel a lo religioso, hubo menos gente de la prevista en las manifestaciones y la guerra de religión no fue declarada. El presidente había anunciado que como jefe de estado no participaría en ninguna ceremonia, aunque su mujer asistiría como cristiana practicante.

Hoy, al intentar reflexionar y hacer un balance sobre esa polémica y sus motivaciones podríamos preguntarnos, como lo han hecho algunos, si sencillamente los sectores progresistas se habían vuelto paranoicos, o si por el contrario, una cruzada antirrepublicana e integrista suscitada por una iniciativa gubernamental imprudente fue ahogada por una pronta movilización general de todos los que se reconocían en los valores democráticos y republicanos.

Pero si hubo tal confusión y movilización nacional fue porque en ningún momento se aclararon las intenciones políticas escondidas tras esa celebración y porque históricamente tampoco había mucha claridad en lo que se iba a conmemorar. Para la mayoría de los franceses se hizo evidente que los francos seguían siendo unos antepasados bastante desconocidos.

### Los enigmáticos francos

Lo que ese intento de conmemoración puso de relieve fue la ambigüedad del conocimiento de los historiadores sobre esos francos y su papel en la historia. Parecería que la existencia misma de esos francos puede ser puesta en entredicho. Si bien la historiografía romana del siglo III d. C. ya los menciona, hay que recalcar que aparecen sólo como uno de los tantos pueblos vencidos. Es el relato de las victorias romanas el que ha permitido a los eruditos el conocerlos. Pero incluso si seguimos a los eruditos, ese conocimiento es bien relativo ya que, por ejemplo, ni siquiera saben realmente la lengua que hablaban esos omnipresentes bárbaros. Es sólo a través de los anales romanos que podemos verlos "esforzándose por poner el pie en el lado izquierdo del Rhin" (Theis: 16).

Esto resulta muy poco para conocer a esos francos que darán su nombre y sus reyes a la futura Francia. Como lo hace notar Laurent Theis, "los panegíricos de emperadores como Probo, Constancio-Cloro y sobre todo Constantino, muestran que las victorias sobre los francos contribuyen a la gloria imperial, e incluso se vuelven un elemento de legitimidad", lo que quiere decir, como lo supo-

níamos, que las referencias a la existencia de los francos se vuelven más un valor referencial de la gloria imperial que elementos de la descripción de unos bárbaros reales.

Podemos empezar a pensar que importa poco el hecho histórico del encuentro militar, a quién se venció realmente y si hubo encuentro y victoria. Elucidar la trayectoria y el destino de estos enigmáticos francos se vuelve aún más delicado cuando encontramos que en esas escasas referencias hagiográficas del imperio romano, estos francos se dividen a su vez en subgrupos cuyos nombres van cambiando a lo largo los textos.

Esta ambigua multiplicidad no puede extrañar realmente a los historiadores de América, y particularmente a los mexicanos que han podido constatar cómo a lo largo de los siglos los bárbaros habitantes del norte han sido designados con varios y exóticos nombres que varían según los autores y las épocas. El intento de saber quién es quién en estos ejercicios de nominalización así como las filiaciones de esos grupos étnicos nos parece una tarea bastante inútil, no nos interesa rehacer en lo más mínimo esos ejercicios decimonónicos porque no sabremos jamás si son vocablos que designan grupos de individuos reales o si son guerreros virtuales producto de un ejercicio de la retórica imperial. Bárbaros furiosos y vencidos cuya existencia pertenece a la lógica del relato romano imperial, figuras ejemplares, "bárbaros imaginarios".

Es hasta siglos posteriores cuando los historiadores, buscando establecer filiaciones y genealogías, no sin dificultades y con muchas aproximaciones y condicionantes, logran establecer relaciones entre esos "sicambros" que el discurso romano (Tácito y Suetonio entre otros) encuentra en un momento dado en Germania y esos francos que el César Juliano (el Apóstata) reconoce como guardianes efímeros de la frontera imperial. Estos mismos *francs saliens* de los cuales los reyes merovingios, la familia del rey Clovis, declaran después provenir.

Así, podríamos formular la hipótesis no tan descabellada de que es cuando esas gentes (sin nombre frente a la historia) son lo suficientemente romanizadas cuando encajan de manera natural en el nombre de francos como objeto ya reconocido por el discurso del imperio romano. El hecho de que la familia de Clovis se reconozca en ese origen étnico puede ser sólo una prueba más de su inclusión en un espacio de la cultura romana. La arqueología muestra que en la segunda mitad del siglo III desde la Galia septentrional hasta la futura región parisina, aparece una cultura material con dos vertientes imbricadas, la romana y la bárbara.

En los escasos testimonios de los siglos IV y V aparecen algunos de esos guerreros francos, pero siempre ligados al destino militar de los emperadores

romanos. Juliano y Graciano tienen por generales en jefes a unos francos, y parece que el emperador Arcadio no duda en desposar a una mujer franca. Otros, según esa tradición, acceden al consulado y a cierta fama, como Baudo, hijo de Arbogasto, generalísimo de los ejércitos de occidente que será amigo de San Ambrosio de Milano.

Es evidente que si hay francos ya pueden aparecer también algunos reyes de los francos, de hecho son descritos varios reyesuchos, más parecidos a jefes de banda, cada uno con un efímero poder sobre pequeñas regiones entre el Rhin y el Loire. Pero habrá que esperar a un cronista del siglo VII para que se empiece a poner un poco de orden en todos esos nombres reales y en sus familias, como se tiene a un Clovis como punto de partida, habrá que incluirlo en un árbol genealógico.

La clave de todo este laberinto historiográfico es, como lo reconoce un poco ingenuamente Laurent Theis, presentar bárbaros ejemplares: "en el combate por la romanidad, los *francs saliens* figuran desde ese momento en primera fila."<sup>3</sup>

Lo más interesante no es la probable confusión social y política de esa época, sino que esa negación del orden institucional heredada de la romanidad debía ser construida discursivamente. Caos original necesario para que la tradición historiográfica francesa y otras tradiciones nacionales europeas pudieran pasar de un sistema de referencia romano a un sistema de referencia autóctono, el sistema referencial centrado en Roma fue desplazado, al menor costo simbólico posible, hacia los centros periféricos del mundo romano.

### *Meroveo, el ancestro epónimo*

Así como todo pueblo tiene su héroe fundador, los francos tienen el suyo: Meroveo, uno de los vencedores de Atila. Aunque la presencia de Meroveo en esa famosa batalla pueda ser considerada hoy como un mito, su participación en ella es eminentemente necesaria. Meroveo no solamente tiene que estar presente sino que tiene que mandar como jefe supremo no sólo porque dará su nombre a la primera dinastía de los reyes de Francia, sino porque como lo han señalado varios autores eurocentristas, en esa batalla de los Campos Catalónicos se jugó una vez más la supervivencia de la civilización sobre la barbarie. Europa coligada, romanos y bárbaros confundidos, venció la extrema barbarie de las hordas asiáticas de Atila. En los relatos de esa batalla se impone la figura de los fran-

<sup>3</sup> Se refiere a la gran batalla de junio de 451 que acaba con la amenaza de Atila, alias El látigo de Dios (21).

cos como el último baluarte contra la barbarie y se legitima su pretensión al imperio y a la herencia romana.<sup>4</sup>

Pero dejemos a los antepasados y lleguemos por fin al objeto de las polémicas actuales: Clovis, el primer rey francés.

### *Clovis, rey de los francos*

Los documentos sobre el bautizo de Clovis son bastante escasos considerando la época de la cual hablamos, la de las últimas invasiones germánicas. Esta escasez documental hace ineludible la crónica de Gregorio de Tours. Dicho texto servirá como referencia, como fuente de autoridad, y durante siglos va a ser escudriñado, auscultado, analizado, interpretado, pero también copiado, modificado y generará mil y una maneras de contar la historia del bautizo de Clovis.

Porque si se puede organizar toda una tradición historiográfica sobre un bautizo es que no se trata de un bautizo cualquiera. Lo que está en juego detrás de esa lustración bautismal es algo fundamental para las sucesivas identidades francesas. "Clovis ha sido no solamente el primer rey cristiano de los franceses, sino también el primer rey de los franceses en Galia", escribió el jesuita Daniel en su *Histoire de France* publicada en 1696, durante el apogeo del reinado absolutista de Luis XIV. En este libro publicado para conmemorar los 1,200 años, según la cronología oficial, del bautizo del primer Ludovicus, dicho acontecimiento fue considerado como el evento fundador de la monarquía y de la Francia misma (citado en Theis: 11).

### *Clovis en las fuentes documentales*

El historiador Laurent Theis nos recuerda que no tenemos ningún manuscrito autógrafo original de esa época, aunque afirma que sí hay copias "bien establecidas" (39). Esos documentos son esencialmente "cartas escritas para o por el rey, o bien que escritas durante su vida lo conciernen directamente", sin olvidar "algunos textos hagiográficos que lo mencionan, de los cuales con arduo trabajo se ha logrado extraer trozos de realidad comprobada". Sin querer lanzarnos a una polémica con ese autor (le debemos demasiado para este artículo) y pedirle esclarecimientos sobre los criterios de "copias bien establecidas" o de

<sup>4</sup> Probablemente esta batalla, como muchas de las batallas famosas, jamás existió, o por lo menos no en la forma en que la conocemos. Recordemos la batalla de Poitiers, en la que Carlos Martel, dicen, logró parar a las hordas árabes listas para invadir Francia y acabar con la civilización cristiana.

cómo se logran encontrar “trozos de verdades comprobadas” en la literatura hagiográfica, seguiremos adelante.

Creo que podemos olvidar esas pequeñeces historiográficas no solamente porque Laurent Theis es el investigador más serio y razonable sobre el tema de Clovis, sino porque más que textos azarosos y efímeros tenemos sobre ese héroe fundador algo más sólido, esto es, un relato historiográfico original: los *Decem liber historiarum*, texto conocido también como la *Historia de los francos*, de Gregorio, obispo de Tours. Esa crónica es, de hecho, el texto sobre Clovis.

A pesar de los defectos reconocidos por todos sus editores y comentaristas es considerada como una obra básica de la historiografía temprana francesa; y es en los capítulos 27 al 43 del libro II, o sea en unas 20 páginas escritas 70 años después de la muerte del rey Clovis, donde se encuentra la mayoría de lo que se sabe sobre ese rey y su bautizo fundador.

La importancia historiográfica de esos pequeños relatos de Gregorio, mal que bien hilvanados, es considerada como fundamental, confiesa Laurent Theis:

es sobre ellos , en efecto, tal como nos los dejó Gregorio, que se edificó en buena parte la idea que la realeza y la nación francesa se han hecho de sí mismas y han querido imponer a los demás. Es sobre ese muy antiguo relato, que florituras, suputaciones, glosas, exégesis, hipótesis y comentarios se han acumulado de sobremanera a lo largo de los siglos (40).

#### *Clovis en la crónica de Gregorio de Tours*

En esa obra la entrada del relato que nos hablará del rey Clovis es redactada en una frase de una “simplicidad” muy estudiada. Cap. XXVII: “después de esos eventos y al estar muerto Childeric, Clovis, su hijo, reinó en su lugar” (114). El relato prosigue con la primera campaña de Clovis en la que apoyado por su pariente Ragnacairo (otro rey franco) empieza a aumentar su herencia. Clovis termina por capturar al rey godo apoderándose de su reino y como fino político de su época, dando “la orden de degollarlo secretamente” (115).

“En aquellos tiempos muchas iglesias fueron saqueadas por el ejército de Clovis, quien todavía vivía en el error del fanatismo”, dice la crónica. Así, Clovis no se diferencia de sus predecesores y contemporáneos, nada lo distingue de lo que hacen otros reyes de su época. En el capítulo XXV se dice que Eurico, rey de los godos, ario venido de Hispania y persecutor de los cristianos, “decapitaba indistintamente a los que no se adherían a sus ideas perversas; encarcelaba a los clérigos, en cuanto a los obispos, exilaba a algunos, y degollaba a los otros”. Esos

mismos godos que en el capítulo XXVI se atreven a llevarse cautivo a España al propio obispo de Tours, el antecesor de Gregorio, donde morirá (114).

La impunidad y el orgullo de los godos tienen que ser castigados por fin, sugiere el cronista Gregorio. Con el nuevo rey Clovis, todavía bárbaro y aún presa de sus antiguas creencias, los godos y el mismo Alarico “empiezan a temer” y revelan su verdadera naturaleza, la de bellacos, “porque es la costumbre de los godos el tener miedo” en la batalla.

Vemos aparecer en el relato una diferencia tajante entre los godos sacrílegos y miedosos y los valientes francos, diferencia ambigua si consideramos que la mayoría de los historiadores actuales siguen presentando a esos dos grupos como muy cercanos cultural y religiosamente.

Una vez establecido el panorama, el santo cronista empieza el relato de las hazañas de Clovis en el episodio del vaso de Soissons.

### *El vaso de Soissons*

Es en el reparto del botín de esa última expedición victoriosa contra los godos donde se sitúa el episodio, famoso en la historiografía francesa y que todos los niños de primaria conocen sin comprenderlo bien.

Cuando las tropas del rey Clovis saquean la capital del reino enemigo se llevan, como buenos bárbaros, unos vasos sagrados muy valiosos. El obispo manda un mensaje al rey victorioso pidiéndole el favor de regresarle esos vasos para el culto cristiano. El rey responde al mensajero: “Que el obispo me siga hasta Soissons, en donde se efectuará el reparto del botín —añadiendo que— cuando la suerte me haya dado ese vaso, se lo regresaré”.

La crónica cuenta que frente al botín amontonado y a sus tropas reunidas, el rey pide que además de la parte que recibirá se le regale, antes de cualquier reparto, el vaso que le pidió el obispo. A esa petición del rey, afirma el relato, “los que tenían el espíritu sano” respondieron unánimes, “todo lo que vemos aquí, glorioso rey es tuyo y nosotros mismos, estamos sometidos a tu dominio. Haz ahora lo que convenga a tu voluntad”. Pero no todos comparten esta idea, pues “un hombre ligero, celoso y frívolo” levanta su hacha y golpea el vaso gritando: “Tú no tendrás nada fuera de lo que la suerte te de realmente” (116).

Todos se quedan atónitos frente a esta ofensiva toma de palabra, pero “el rey contuvo su resentimiento con suave paciencia y tomando el vaso lo entregó al enviado del obispo guardando en su corazón la ofensa.”

Pero el rey no perdona y un día que pasa revista a sus tropas apostrofa al joven arrogante diciéndole que sus armas estaban descuidadas, lanzando al suelo

el hacha de guerra del presuntuoso. Cuando éste baja la cabeza, el rey aprovecha el movimiento para cortársela, diciendo: "¿Recuerdas el vaso de Soissons?" A lo que Gregorio añade, "con ese acto les inspiró un gran temor hacia su persona."

Ese capítulo introductorio a la vida de Clovis se termina de la misma manera elíptica como empezó. El autor resume así la obra guerrera del rey: "Hizo muchas guerras y ganó muchas batallas. Durante el décimo año de su reino, declaró la guerra a los turingios y los sometió a su dominio".

En el capítulo siguiente el relato toma una dirección totalmente diferente, se olvida del rey victorioso para introducir al otro personaje importante de esta historiografía: la reina Clotilde, quien logrará la conversión del rey.

Antes de ir más adelante en esta rápida paráfrasis analítica del relato de Gregorio tenemos que hacer una recapitulación, adentrarnos en lo que un posible lector de Gregorio habría entendido de esta historia.

Hemos visto que el rey Clovis aún es un bárbaro envuelto en sombrías tinieblas, pero también que es un rey victorioso y que se muestra respetuoso de los vasos sagrados del culto cristiano. Pero lo que nos muestra la parábola del vaso de Soissons es que Clovis es un nuevo tipo de rey. Gregorio construye un rey absoluto que tiene poco que ver con el funcionamiento de la organización guerrera germánica. Ésta se manifiesta en la intervención del joven que recuerda que el botín se atribuye por un sorteo al cual todos, incluido el rey, deben someterse. Procedimiento que muestra los límites del poder real en los grupos guerreros germánicos. Pero si los más avisados reconocen el poder absoluto del rey sobre el botín y sobre ellos mismos, sólo un joven que no piensa no se ha dado cuenta de lo que ha ocurrido con la llegada de Clovis al poder. Ese representante del antiguo poder de los guerreros deberá doblarse a pesar suyo y rendir un simulacro del homenaje que denegó, encorvado frente al rey aunque sea para recobrar su hacha del suelo, morirá en actitud de sumisión. Y esa acción real confirma a los demás asistentes que la persona del rey es ya portadora de algo diferente que debe inspirarles temor, que como el temor a Dios es la primera virtud del cristiano, el temor al rey es la virtud excelente del sujeto. Nada extraño que ese relato haya sido tan utilizado por la historiografía real francesa durante siglos.

Podemos incluso ir un poco más allá en la interpretación de ese famoso episodio. Si no dudamos de nuestra lectura-interpretación de ese capítulo XXVII, creemos que podemos dudar razonablemente de que esa figura del rey sea una construcción del siglo VI. Por lo tanto tenemos aquí la prueba de una extrapolación posterior, a menos que Gregorio sencillamente haya querido mostrar a

un Clovis poseedor de una *potestas* igual a la de los antiguos césares romanos. Pero olvidemos por el momento las extrapolaciones y regresemos a la lectura atenta de nuestra crónica. Porque si es importante para la tradición historiográfica real francesa tener un auténtico rey, fuerte y victorioso como punto de arranque, mejor si tenemos un rey cristiano para asentar el mito de "Francia, hija mayor de la Iglesia."

### El bautizo del bárbaro

El capítulo siguiente, el XXVIII, tiene por función la de introducir a la reina Clotilde, quien con paciencia y tenacidad logrará la conversión del rey. Ese corto capítulo nos proporciona de manera sumaria los orígenes familiares de la reina. Esta santa mujer proviene de una familia burgonda con bastante pedigree bárbaro: "Gondebaud [padre de Clotilde] degolló a Chilperico su hermano y ahogó a la mujer de este último atándole una piedra al cuello. Condenó al exilio a sus dos hijas..." (117).

Al ver a una mujer tan elegante y tan sabia y además de sangre real, unos embajadores francos, impresionados, hablan de ella a Clovis, quien sin perder tiempo manda pedir a la princesa.<sup>5</sup> Gondebaud, temiendo a Clovis, no se atreve a negarse: "Cuando el rey la vio, se puso muy feliz y se la asoció por el matrimonio, cuando ya tenía de una concubina un hijo llamado Thierry". Este capítulo tiene como objetivo introducir a la que será el verdadero artífice de la conversión real, a la que la posteridad, durante algún tiempo, considerará como santa Clotilde. Incluso las menciones de los crímenes familiares tienen como objetivo no el de provocar en el receptor un movimiento de condena moral hacia esa sangrienta familia, sino más bien el de realzar la belleza moral de la reina, que emerge impoluta de esa familia criminal. La belleza moral de Clotilde seduce a los embajadores como seducirá al rey, y éste, incluso antes de conocerla, es presa de gran impaciencia. Para el rey no se trata de una mujer más en su gineceo, si ya tiene un hijo natural de una concubina, seguramente tiene más, no, se trata de una auténtica reina, del vaso en el cual se gestará la primera dinastía de los reyes franceses, es por eso que "se la asocia por el matrimonio". La primera generación de reyes no puede ser producto del adulterio o de una simple fornicación. Ese tratamiento que reserva el texto a santa

<sup>5</sup> No sabremos las razones por las que el rey quedó fasinado con Clotilde, pero tampoco podemos irnos al extremo de Dominique Jamet, quien en su intento por analizar la figura de Clovis (asesino, cruel, pérfido, etc.) indica que fue sólo para salir de su condición de reyesucho franco, mediante la alianza con una familia de grandes reyes visigodos (84).

Clotilde difiere del trato a otras mujeres del rey, el texto ni siquiera menciona el nombre de la madre de ese Thierry quien será, en la edad adulta, según la misma crónica, un valioso apoyo para el rey.

### *Dios prueba la fe de Clotilde*

En el capítulo siguiente la reina Clotilde intenta convertir al rey, es uno de esos discursos clásicos de la historiografía medieval retomado de la tradición antigua (117).<sup>6</sup> La santa mujer interpela duramente al rey con su ardiente fe: “No pueden ser de ninguna ayuda los dioses a los cuales usted rinde culto —declara con pasión la reina—, no sirven de nada Júpiter, Saturno o Mercurio, debería más bien rendir culto al que con una palabra ha creado de la nada el cielo y la tierra...” Pero el rey se resiste a esa santa predicación e incluso su desconfianza hacia el Dios de Clotilde aumenta con sus infelicidades domésticas.

Ese capítulo había empezado con una de esas pequeñas frases clásicas de la crónica que son como la llave de su futuro desarrollo: “después la reina Clotilde le dio un hijo primogénito”. La reina organiza con solemnidad el bautizo de su hijo, con el fin de llamar la atención de su marido sobre las bellezas del culto católico. Pero momentos después de que el niño fuera bautizado, éste “murió en los mismos vestidos blancos en los cuales había sido regenerado”. El corazón del rey se llena de amargura y apostrofa duramente a su mujer: “Si el niño hubiera sido confiado a mis dioses, ciertamente hubiera vivido...” Frente a ese duro golpe la fe de la reina no vacila, como cristiana ejemplar replica manifestando su agradecimiento a Dios por haber acogido a su hijo en su seno divino.

Cuando la joven y fértil reina pare otro hijo el rey, conociendo el deseo de su mujer, se adelanta prediciendo: “Le puede pasar lo mismo que a su hermano, bautizado en el nombre de vuestro Cristo morirá al instante.” Dios no podía dejar pasar esas palabras impías y ante sus lágrimas, “el niño que ya se había enfermado, se curó por el perdón de Dios” (Tours: 119).

La reina no dejaba de predicar el verdadero Dios a su marido, que seguía sordo a sus oraciones, hasta que un día, durante una guerra contra los alemanes, “tuvo la necesidad de confesar lo que antes había rechazado hacer de buena gracia.”

La crónica nos recuerda la “conversión” cuando a punto de ser derrotado pide ayuda al “Dios de Clotilde”. Por fin el orgulloso franco pronuncia su famoso llamado a Dios: “Si me concedes la victoria creeré en tí y me haré bautizar en tu nom-

<sup>6</sup> En el caso americano y mexicano tenemos los discursos de Cortés y de otros conquistadores, que intentan conquistar con la palabra las almas de los bárbaros. El relato de esas pláticas pertenece a la retórica del género más que a cualquier verdad histórica.

bre." El Dios de las batallas oye al rey franco, los alemanes retroceden, se disloca su orden de batalla y viendo que su rey ha muerto, se rinden.

### *Apoteosis*

Frente al relato de esos felices hechos la reina llama a san Remigio, arzobispo de la ciudad de Reims, para que instruya al neófito en los sagrados misterios. Cuando lo incita a dejar a sus ídolos, éste replica: "Te escucho con gusto santo padre, pero falta una cosa, como el pueblo que está a mis órdenes no va a querer abandonar a sus dioses, déjame transmitirle tus propias palabras".

Clovis se reúne con los suyos pero antes de que empiece a hablar "la potencia de Dios se le había adelantado". Y milagro, el pueblo y los guerreros en un grito unánime declaran: "Rechazamos a los dioses mortales, rey piadoso, es al Dios inmortal, el que predica Remigio al que queremos seguir en adelante" (Tours: 121).

Faltaba sólo organizar con brío y magnificencia la ceremonia del bautizo real y el de 3,000 de sus hombres. Gregorio cuenta que "fue el rey quien primero pidió ser bautizado por el pontífice. Este nuevo Constantino avanza hacia la pila bautismal para curarse de una vieja lepra y para borrar con agua fresca manchas antiguas".

### *El triunfo del rey cristiano*

En los capítulos siguientes la crónica nos presenta un rey siempre vencedor que aprovecha la desunión y la perfidia de los reinos vecinos cuyos reyes "son adeptos de la secta ariana". Estos serán finalmente vencidos, lo que es normal si se considera la excelencia de la fe que profesaba el rey Clovis. Éste se apodera de los dos reinos burgundios y "proclama para ellos leyes más suaves afin de que ya no los oprimieran los romanos", Clovis extiende sus posesiones casi hasta el Mediterráneo.

Así, las posesiones de nuestro nuevo César son fronterizas del gran reino visigodo de Alarico, que se extiende del suroeste de Francia hasta el sur de la Hispania. Al ver que Clovis salía siempre victorioso, Alarico manda embajadores pidiendo una entrevista amistosa. Los dos reyes se reúnen cerca de Tours, en una isla sobre el río Loire, después de haber platicado, comido y bebido y después de haberse jurado una amistad fraterna, se separan en son de paz. Pero el relato de esa entrevista que augura la paz entre los dos vecinos es seguido inmediatamente por una reflexión que enuncia las guerras por venir: "Ya eran muchos los que en las Galias manifestaban un ardiente deseo de tener a los

francos por amos". Evidentemente la crónica no pretende mostrarnos un sentimiento popular pro franco, sino que nos describe la inclinación de varios obispos del suroeste de Francia por los francos.

El rey, nuevo David, no puede escapar a su destino y declara a sus familiares: "Es con mucha pena que soporto que estos arios ocupen una parte de las Galias...con la ayuda de Dios...someteremos sus haciendas a nuestro dominio." Sin tardanza el rey se encamina con un ejército galvanizado por la perspectiva del botín, hacia Poitiers, donde Alarico lo espera con su respectivo ejército.

Pero como el ejército franco tiene que atravesar los dominios de la abadía de Tours, Clovis prohíbe las requisiciones en ese espacio e incluso manda a la muerte a un guerrero que no le obedeció, diciendo: "Cómo esperar la victoria si ofendemos a San Martín". El rey está consciente de que en esa campaña se ataca a un partido muy fuerte, más que sus enemigos anteriores. Angustiado manda mensajeros a la basílica de San Martín en busca de algún presagio. Cuando los servidores reales entran en el edificio oyen que se canta el Salmo XVIII: "...haz hecho que mis enemigos se den la vuelta en la batalla, haz arruinado a los que me odiaban", palabras interpretadas inmediatamente como signo de que los cristianos gozan del favor divino.

Es Dios quien guía el camino del ejército franco, y al buscar un paso para atravesar un río crecido por las lluvias se les aparece "una cierva maravillosa" que les indica el lugar para atravesarlo. Poco después, instalando su campo en un lugar que domina la ciudad de Poitiers, el rey ve "una luz resplandeciente que salía de la basílica de san Hilario, y parecía dirigirse hacia él para mostrarle que con la ayuda de la luz del benemérito confesor Hilario vencería más fácilmente a los ejércitos heréticos." Para no romper esa alianza con Dios, el rey Clovis proclama la prohibición de robar.

La batalla empieza, pero según su costumbre, los godos dan la espalda rápidamente, y así concluye la crónica: "el rey Clovis obtuvo la victoria con la ayuda de Dios." La campaña militar de Clovis en el suroeste de Francia se vuelve un paseo, una parte del ejército al mando de su hijo Thierry somete a las ciudades del centro al mismo tiempo que Clovis pasa el invierno en Burdeos y saca de Toulouse los tesoros de Alarico. Y Dios renueva para ese nuevo Josué el milagro de Jericó: llegando a Angoulême, ante su simple mirada, las murallas de la ciudad se derrumban.

Al nuevo monarca le faltaba recibir la confirmación de su reciente poder y de manos del emperador Anastasio recibe el título de cónsul y después de haber revestido una túnica púrpura y una clamida, en la basílica de San Martín se pone una corona sobre la cabeza. Después, montado sobre su caballo, como un

césar victorioso, recorre la ciudad distribuyendo él mismo monedas de oro y de plata, "y a partir de ese día fue llamado cónsul o augusto. Más tarde dejó Tours y fijó su capital en París" (Tours: 133).

Le faltaba redondear las fronteras de su reino hacia el este. Se apodera de otro reino con trampas y sin mucha violencia. Hace que el hijo mate al padre y castiga después al parricida, logrando que los guerreros desorientados lo escojan como nuevo rey. "Habiendo recibido el reino de Sigisberto con sus tesoros, los sometió a su dominio", y concluye la crónica: "así Dios rebajaba cada día a sus enemigos bajo su yugo y engrandecía su reino porque caminaba de frente, y hacía lo que gustaba a los ojos de Dios" (Tours: 134). Gozando de la confianza divina, Clovis indignado toma en serio su papel, castiga a los reyes mentirosos e inmorales aunque fueran sus allegados o parientes cercanos, "después cuando hubo matado a muchos otros reyes y parientes cercanos, de los cuales desconfiaba, porque temía que pudieran quitarle su reino, extendió su poder sobre las Galias (Tours: 136). Esta violencia no le provoca ni remordimientos ni pesadillas, al contrario, el capítulo XLI termina relatándonos que fingiendo tristeza por estar solo y sin familia, sus lágrimas no eran de lástima de sí mismo o de pesar por los asesinados, sino una trampa pública para "ver si se presentaba algún lejano pariente desconocido para matarlo."<sup>7</sup>

No debemos conservar del rey Clovis sólo esta imagen maquiavélica de despota sanguinario que nos presenta la crónica de Gregorio. Los historiadores especialistas en la época afirman, por ejemplo, que para dar cierta unidad a sus posesiones tuvo que realizar varios cambios jurídicos que debían afianzar el poder real y fundir definitivamente los dos componentes de su aristocracia. Para controlar el poder de los obispos cristianos provenientes en su mayoría de viejas familias galo-romanas, que eran los detentadores del poder regional, en el concilio de Orléans —que los especialistas nos aseguran fue reunido por iniciativa suya—, el rey logró que ningún nuevo obispo pudiera ser nombrado sin la autorización real. Y en cuanto a los grupos guerreros que pudieran reclamar la herencia germánica, les prohibió el ejercicio de los derechos tradicionales del guerrero en las antiguas fraternidades. Prohibió también la venganza personal, inscribiendo los reglamentos de conflictos interpersonales en prescripciones del derecho romano. Todas esas decisiones pueden interpretarse como que Clovis fue el artífice de la fusión entre las élites galorromanas y la aristocracia germá-

<sup>7</sup> A lo mejor para componer este relato Gregorio se acordó de la figura de Constantino, el primer emperador cristiano quien si bien convocó al famoso Concilio de Nicea, antes había ahogado a su mujer, matado a su hijo, a su cuñado y llevado al suicidio a su coemperador, entre otras pequeñeces.

nica o como que ya había llegado el tiempo de esa fusión y que ésta se había realizado permitiendo al rey construir y consolidar un reino.

### **Clovis en la historiografía antigua de Francia**

Al principio de este ensayo dijimos que el Papa iría a Reims para recordar el primer bautizo real que está detrás del mito de Francia, hija mayor de la Iglesia; pero también vimos cómo, según la crónica de Gregorio, es la reina la que manda traer a su corte al obispo de Reims para instruir a su esposo neófito. Si está claro que ese bautizo jamás se efectuó en Reims, ni en el año ni en el día en que tuvo lugar el festejo, ¿de dónde proviene entonces el privilegio de la catedral de Reims de ser el lugar en donde se festejó algo que jamás se desarrolló en su seno?

La respuesta es bastante simple; en los siglos posteriores a la muerte del rey, el sentido de ese bautizo cambió profundamente y se asistió a “la asimilación del bautizo al sacro real, a una reinterpretación de la gran escena primitiva” (Theis: 87). Ese movimiento de la tradición puede ser leído en algunos escasos textos medievales.

Después de Gregorio el trabajo historiográfico parece haber tenido pocos sucesores, sólo en la crónica llamada de Fredegario, que décadas después retoma el texto de Gregorio con algunos arreglos, sigue desarrollándose el relato de lo ocurrido hasta los años 640. Entre esos arreglos se cambia el día indicado por Gregorio, el número de guerreros bautizados es duplicado, pero lo más importante es que “Fredegario es el primero en escribir explícitamente que Remigio ofició en Reims” (Theis: 88).

Durante los siglos VII y VIII el culto a san Remigio se fue desarrollando en la que fuera su catedral, la de Reims, capital de la Champagne. Textos hagiográficos tempranos de esa tradición dejan pensar que la fama de santo de Remigio se difundió poco tiempo después de su muerte, cuando los peregrinos empezaron a orar cerca de su tumba, donde “los milagros se multiplicaban”. Remigio pasó a ser santo patrono de la ciudad de Reims. El crecimiento de la ciudad y el de la fama de su santo patrono iban a la par, Francia pasó por el episodio Carolingio y Reims seguía creciendo.

Otro texto importante para nuestra arqueología historiográfica data del siglo IX. Hacia 845 llegó a la mitra de Reims Hincmar, un obispo culto, ambicioso y tenaz que se consagró a fortalecer y enriquecer a su ciudad. Una de las maneras de enriquecer una ciudad era la de hacer prevalecer su tradición religiosa y la de su santo patrono, ese Remigio que el obispo Hincmar llamaba “el apóstol

de los francos". Ese longevo obispo fue por 37 años obispo de la catedral y escribió una *Vita Rimigii* donde conjugó "lo expuesto por Gregorio de Tours, la antigua hagiografía de Remigio y las tradiciones litúrgicas elaboradas alrededor de su tumba, compuso a la gloria del santo champanense un monumento de un excepcional tamaño" (Theis: 90).

En ese nuevo relato las relaciones entre el rey Clovis y el santo son tratadas a la luz de la santidad del segundo, así, es el rey quien multiplica las marcas de deferencia hacia el obispo, y cuando el santo obispo habla con el neófito, "la capilla es invadida por una luz intensa que se refleja sobre la cara del santo, como para bañarlo, una voz celeste se hace oír y un olor de una inefable suavidad se difunde..."<sup>8</sup> (Theis: 90).

El santo obispo empieza a profetizar sobre la descendencia de Clovis, que poseerá y extenderá el reino, protegerá a la Iglesia y sucederá a la potencia romana si no deja las vías de la salvación. Pero sobre todo, lo que la posteridad retomará es una:

declaración solemne, que puesta por Hincmar en la boca de Remigio, hacía de la Iglesia en general y del arzobispo de Reims en particular, el juez y en caso de necesidad el censor de los comportamientos reales. Después de ese discurso lleno de sentido, el cortejo toma el camino de la pila bautismal, el obispo tomando al rey de la mano.

Hincmar incorpora después el relato que transforma radicalmente la finalidad y la significación del bautizo de Clovis, la asimilación de un simple bautizo a un sacro real:

habían llegado al bautisterio, pero el clérigo que llevaba el santo crisma fue parado por la muchedumbre de manera que no pudo acercarse a la pila bautismal...el crisma faltó por designio de Dios...el santo pontífice con los ojos y las manos dirigidos hacia el cielo empezó a orar llorando. Y de repente una paloma más blanca que la nieve llevó en su pico una ampolla llena del crisma milagroso, cuyo olor maravilloso, superaba a todo lo que se había respirado antes... (Theis: 92).

Durante siglos nadie pudo dudar que esa ave mensajera fuera otra cosa que una materialización del espíritu santo. El neófito recibe un nuevo nombre, Lu-

<sup>8</sup> Todos ellos son elementos sensoriales que indican la presencia de la auténtica santidad.

dovicus, que reemplaza el bárbaro de Clodoveus. Finalmente lo que quiere significar Hincmar con la unción del crisma milagroso es que más que del bautizo de un bárbaro, aunque rey de los francos, de lo que se trata es de un sacro querido por Dios mismo quien es el que manda el aceite real para una ceremonia fuera de lo común.

En su relato Hincmar no hace otra cosa que aplicar a Clovis la ceremonia que se había desarrollado en esa catedral cuando "en octubre de 816 Luis había recibido la unción de las manos del Papa Esteban IV."

Para afianzar una legitimidad dudosa, desde Pipino el Breve, en 751, los carolingios habían adoptado el rito bíblico que hacía del rey un ungido del señor, retomando el ejemplo de David untado por Samuel en señal de elección divina. Esa concepción del sacro real se desarrolla al mismo tiempo que algunos clérigos mercenarios establecen una filiación de los carolingios con la familia de los merovingios. Amalgama perfectamente realizada cuando Hincmar consagra a Carlos el Calvo, rey de los francos del este, y afirma que:

la familia real y la flor de la aristocracia occidental descienden del glorioso rey de los francos Clovis, bautizado en la vigilia de la santa Pascua en la catedral de Reims, ungido y consagrado como rey con un crisma venido del cielo que todavía tenemos (Theis: 94).

Así, quedaba afirmado y reconocido el derecho de Remigio y de sus sucesores a ser los poseedores titulares y únicos del derecho de consagrar a los reyes de Francia. Este privilegio no era meramente simbólico. A lo largo de los sucesivos sacros la catedral, y por lo tanto la ciudad y su región, aumentaba en riqueza proveniente de la generosidad real.

Pero el éxito de Reims provoca envidias. De la misma manera que conventos, iglesias y catedrales se robaban las reliquias, se peleaban el prestigio de ser la auténtica cuna o depositaria de tal o cual reliquia de un gran santo o santa, la pretensión del obispo de Reims de ser el único personaje capacitado para unguir a los reyes provocó el surgimiento de intentos similares de otras catedrales. Empezó a florecer una tradición hagiográfica divergente que pretendía mostrar cómo en esa escena primitiva del bautizo de Clovis habían intervenido muchos otros santos obispos que podían reclamar para su catedral semejante derecho. El ilustre Jonás, abad de Bobbio (una de las más importantes abadías de la época) intentó acreditar a san Vaast como el verdadero iniciador del rey en sus primeras luces cristianas. Una *Via Gildardi* explica cómo dos jóvenes cristianos encubiertos en la corte de Clovis siempre edificaron al rey con su vida ejemplar y

acabaron de convencerlo después de la batalla famosa. Esos dos jóvenes terminaron por ser nombrados obispos, uno en Rouen y el otro en Noyon. No podía quedarse atrás la catedral de Chartres, orgullosa capital de la Beauce, el granero de París, que empezó a proponer —más de 300 años después del bautizo—, que fue en esa catedral y no en la de Tours donde se oyó el salmo que anunciaba a Clovis su próxima victoria, y que el obispo Solein fue quien hizo la señal de la cruz sobre la frente y el pecho del rey, cuando éste promete hacerse bautizar si salía victorioso. Y yendo al fondo del combate simbólico, ese texto hagiográfico no teme afirmar que fue Solein, ayudado por Remigio, quien bautizó realmente al rey.

También una de las más prestigiosas basílicas ligadas a la monarquía francesa, la de San Denis, intentó construir una tradición en ese sentido, pero como depositaria de las sepulturas, de la memoria real (con sus *Crónicas Reales*) y de los objetos de majestad, cetros, coronas, etc., prefirió abandonar un combate que no añadía nada a su excelencia.

### *Clovis como figura del patrimonio nacional*

Cuando la realeza francesa acaba de instalarse y enraizarse en sus ritos, mitos y su ideología, entre 1150 y 1250 más o menos, cuando el rey de los francos se ha vuelto el rey de Francia, y se hace proclamar el más poderoso de Occidente, la memoria de Clovis desde ese momento se estabiliza, es integrada al patrimonio de la monarquía y la historiografía la fijará a partir de entonces, con sus principales elementos invariables (Theis: 109).

Durante 700 años, desde Luis VII en 1137 hasta Carlos X en 1824, todos los reyes franceses serán consagrados en Reims (menos el bernés y protestante Enrique IV), recordando así el gesto de Remigio, santificando con el milagroso crisma, perpetuamente conservado por la gracia de Dios en la santa ampolla, el derecho del rey cristiano, hijo mayor de la Iglesia.<sup>9</sup>

### *El regreso de Clovis*

Si es cierto que la figura de Clovis pertenecía al simbolismo, durante siglos fue arrinconada por la magna figura de Carlomagno, el emperador de Occidente.<sup>10</sup>

<sup>9</sup> Claude Langlois, especialista en la historia del cristianismo, en un erudito estudio recordó que no carecía de humor el ver cómo se pasó de la figura que el Antiguo Régimen tenía del rey como hijo mayor de la Iglesia, a la expresión de Francia, hija mayor de la Iglesia, a fines del XIX, cuando fue la Iglesia la que se acercó a la República después de los fracasos de restauración de la monarquía.

<sup>10</sup> En el trabajo de escritura realizado con el apoyo y en favor de los otomanos, figura que se peleaban a la vez los reyes franceses y los emperadores alemanes del Sacro Imperio Germánico.

Carlomagno es otro de esos grandes símbolos ambiguos de la identidad francesa, considerando que ese emperador eminentemente francés (para los franceses) tenía sus dos capitales fuera de Francia, una en Ravena, la actual Italia, y la otra en Aix-la-Chapelle, Alemania.

Clovis hará un brillante regreso a la economía simbólica de la monarquía porque esa figura fundadora ofrece elementos para resolver la grave crisis nacional y dinástica que se desarrolla entre 1340 y 1460. La relativamente discreta figura de Clovis, recordada sobre todo por la tradición de los sacros reales, va a entrar en un nuevo ciclo simbólico. Durante casi 350 años, desde Hugo Capeto (987) hasta Carlos IV (1328), un hijo había sucedido a su padre, y la sucesión de las consagraciones reales en línea directa mostraba que Dios seguía protegiendo a la Casa de Francia.

En 1328 todo parece cambiar. Aunque la ascensión al trono del primer Valois no presentó mucha dificultad al suceder en medio de un consenso general a su primo, el hecho de no haber un heredero directo obligó a los que lo eligieron a pensar que el otro pretendiente al trono era el rey Enrique III de Inglaterra. Si el primero fue escogido es porque consideraron que Francia necesitaba un rey francés. Argumento que no satisfizo para nada al competidor inglés Eduardo III, quien finalmente en 1337 mandó una carta al pseudo rey de Francia diciéndole que no lo reconocía más y que pretendía la corona de Francia por los derechos de su madre Isabel.

En los argumentos de esa polémica salió a relucir la hoy famosa ley sálica —que tomó el nombre de los *francs saliens*—, en la cual se reconocía el derecho de la familia de Clovis. Dicha ley había sido elaborada, según la tradición, en la época de Clovis, pero fue retocada en los siglos posteriores.

Los legistas franceses buscaron negar las pretensiones inglesas con el argumento de que al no tener derecho a reinar, según la ley sálica, las mujeres no podían transmitir ningún derecho a sus descendientes y por lo tanto el rey de Inglaterra no tenía derecho alguno sobre la corona francesa. Argumento que evidentemente no convenció a los ingleses, que invadieron Francia. Durante esa Guerra de Cien Años se apoderaron de casi toda Francia, hasta que lograron ser expulsados hacia 1450.<sup>11</sup>

Junto con Juana de Arco, Clovis no solamente ayudará a ganar la Guerra de Cien Años sino que en los siglos futuros se volverá el defensor de Francia en su lucha contra las pretensiones ultramontanas de la Iglesia romana. En la medida

<sup>11</sup> Esta controversia es sólo uno de los elementos de la Guerra de Cien Años entre las casas de Francia y de Inglaterra.

en que el Concilio de Orléans había admitido el derecho del rey a nombrar a los obispos, las diferentes retóricas galicanas en los siglos XVII y XVIII no dudarán un instante en utilizar en su provecho la figura del viejo rey franco.

### Clovis y la guerra en la memoria nacional

Esperamos haber podido iniciar al lector en la maraña de argumentos que se vertieron en esta guerra discursiva que se desarrolló durante semanas en la opinión pública y los medios de comunicación franceses. También esperamos haber mostrado algunos aspectos básicos de esa doble ambigüedad que originó la polémica: la conmemoración nacional de una ceremonia religiosa —el bautizo de Clovis—, presentada como el momento fundador de una república que se considera a sí misma como laica, así como la confusión que constituyen los resortes de los discursos de los historiadores pasados y presentes.

Esa polémica es un extraordinario indicador del profundo malestar cultural, social y político que atraviesa Francia.

En esa campaña entre blancos y colorados, entre los pros y los contras del festejo, la opinión favorable a ellos emitió una y otra vez la idea de que se trataba de la conmemoración de un evento tan simple y sencillo que no entendía cómo éste no lograba el consenso, había evidentemente una cierta hipocresía en esa opinión, porque conmemorar es más que “recordar juntos eventos ocurridos en el pasado, legados por la historia”. Los adversarios respondieron que si bien se podía entender el principio general de una conmemoración nacional y si también era verdad que “juntos se rehace el gesto de memoria anudando con el pasado un lazo significativo para lo de hoy”; para poder desarrollarse ésta necesitaba de una condición *sine qua non*, que es la existencia de un consenso mínimo sobre la finalidad y el alcance de tal conmemoración. Pero es el consenso lo que ha desaparecido de esta Francia de fin de milenio, y es esa ausencia la que finalmente volverá problemática toda celebración nacional en el futuro.

A través de la violencia expresada se pudo ver que toda conmemoración no es jamás una mera repetición: el aniversario 1,400 del bautizo de Clovis había sido celebrado de manera totalmente distinta. En México, por ejemplo, el Quinto Centenario Colombino fue totalmente diferente del Cuarto Centenario, a tal punto que podemos considerar que en el último caso se logró ocultar casi radicalmente el hecho mismo que se iba a conmemorar. Podemos incluso pensar que las diferencias en la conmemoración de un hecho histórico, de una época a otra, al contrario de lo que algunos creen, tienen un efecto fundamental sobre

el hecho mismo, los innumerables libros y artículos publicados sobre Clovis o Colón muestran que el hecho mismo, y el conocimiento que se tenía sobre él, resulta totalmente modificado en el intento de conmemoración.

Creemos que lo que está en juego actualmente en esa ausencia de consenso conmemorativo es algo más que una simple dificultad para tejer una nueva relación de la memoria. Si bien es cierto que en toda conmemoración consensual existen a la vez el riesgo y la oportunidad de una revaloración del sentido de un pasado común, también lo es que toda conmemoración no consensual en lugar de provocar un progreso de la cultura histórica colectiva provoca más frustraciones de identidad y por lo tanto una regresión en el sentido de una pertenencia histórica. Esta polémica nos recuerda que "en la sociedad democrática, el sentido mismo del vivir juntos se construye en una relación al tiempo que es memoria", al mismo tiempo que pone en evidencia las profundas divisiones que la democracia deberá superar en Francia si quiere seguir siendo la cuna de los derechos del hombre y del ciudadano.<sup>12</sup>

## Bibliografía

Jamet, Dominique

1996 *Clovis du le baptême de lére*, Ramsay, París.

Langlois, Claude

1996 "Le sexe de lainé(e)", en *Le Monde*, septiembre 10, París.

Theis, Laurent

1996 *Clovis*, Editorial Complexe, París.

Tours, Gregorio de

1966 *Histoire des francs*, Belles Lettres, París.

<sup>12</sup> Es en esa segunda etapa de la guerra en donde se sitúa otra tradición muy fuerte de la identidad francesa, la de Juana de Arco, quien a pesar de ser mujer toma las armas para liberar a Francia, animada por las voces de san Miguel y de santa Margarita.